

# LA AFECTIVIDAD EN EL HOMBRE ADULTO CLIMATERICO COSTARRICENSE

Katia Vanesa Sevilla Segura.

## RESUMEN.

La afectividad pareciera ser un elemento psicosocial relegado de la masculinidad. Es como si ser hombre y ser afectivo fueran características antagónicas dentro de un mismo individuo. La cultura, familia, redes de apoyo, socialización y las etapas de transición como el climaterio provocan una constante regeneración de la afectividad.

No debe dejarse de lado el punto de apoyo más importante en la vida del individuo, independientemente de su edad, es la familia, ya que en etapas de climaterio y vejez cobra especial importancia debido a que es la red primaria de socialización y aprendizaje del individuo; o bien podría argumentarse que es la "matriz" de donde se parte y a la cual se retorna, cual "hijo pródigo".

## INTRODUCCION

**E**s frecuente estudiar género y sobreponer las situaciones sociolaborales y de estatus de la mujer frente de la realidad que circunda al hombre. Mucho se dice y habla acerca de la situación cultural sobre las manifestaciones del afecto de los hombres costarricenses.

Cuando se piensa en los sentimientos, de manera casi automática se piensa en femenino; es como si nos olvidáramos que el hombre es también un ser humano con sentimientos, pues la única diferencia existente entre ambos es desde un punto de vista orgánico.

Pero, realmente podemos decir que los hombres tienen sentimientos, y pueden, medianamente expresarlos, ya que culturalmente se espera que sean "fuertes"; es decir, que tengan control de sus emociones en las diferentes situaciones. Cuando se enfrentan al climaterio se trastorna su modo de vida, debido a que el mismo coincide con su media vida, donde puede

observarse una tendencia al religio, a la unión con Dios (Hidalgo, 1997), es decir que el hombre se percata de que le falta menos tiempo por vivir y que es mejor prepararse para la partida. Por otra parte también se ve afectada la dinámica familiar y social, así como la afectividad en el hombre maduro trae un beneficio inigualable, ya que permite el establecimiento de un proceso de construcción y expresión de la misma. La afectividad es un sentimiento innato y aprendido, y que existe la posibilidad de reconstruir la afectividad. Estas hipótesis guiarán nuestro discurso en el presente artículo.

## LA AFECTIVIDAD ES UN PROCESO DE CONSTRUCCION Y EXPRESION

Para poder iniciar el tema, se hace necesario definir afectividad como un sentimiento que tiene su contraparte en el sistema límbico, según Goleman (1996), citado por De Mezerville (1998), "ya que la canalización satisfactoria de la energía afectiva a través del sistema límbico produce un despertar del sistema parasimpático,

donde se genera un conjunto de reacciones que afecta a todo el organismo, lo que conduce a un estado general de calma y satisfacción que facilita grandemente la cooperación en las relaciones interpersonales" (De Mezerville, 1998). Así, puede decirse que la afectividad abarca las relaciones interpersonales que se establecen entre seres humanos, las cuales se encuentran cargadas de solidaridad, respeto, y amor o afecto.

Tan profundo es este sentimiento, que ya desde siglos anteriores tenemos novelas tales como Romeo y Julieta (Shakespeare, 1975), donde el afecto puede más que las luchas posicionales de dos familias, y ni se diga desde tiempos más antiguos, donde por ejemplo en la Biblia (1989) encontramos pasajes que nos hablan del afecto que sentía Jesús por sus amigos (y como ejemplo concreto cuando él resiente la muerte de Lázaro y lo resucita).

Pero la interrogante clave es ¿de dónde surge el afecto? ¿cómo se construye?

Algunos autores han teorizado mucho sobre afecto, pero recientemente uno de ellos, el Dr. De Mezerville (1998) se ha dado a la tarea de discernir el proceso estructural por medio del cual podemos hablar de la afectividad y de sus implicaciones como un todo conformado de partes interrelacionadas.

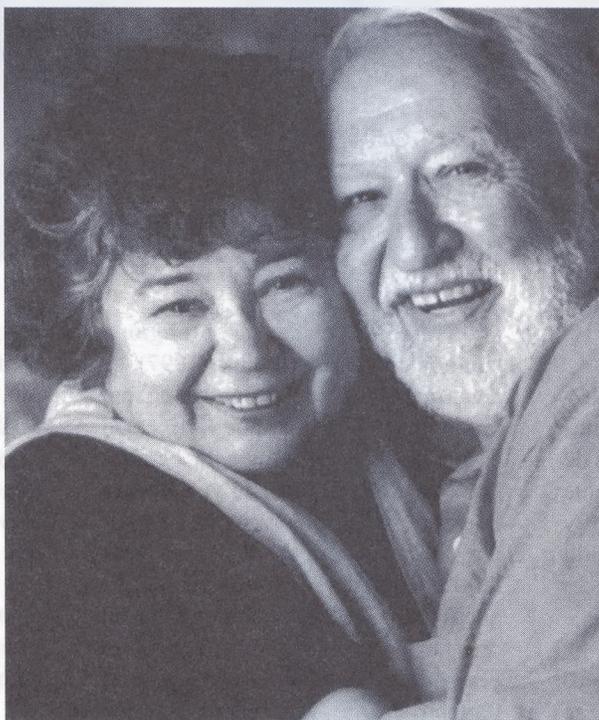
Se debe visualizar el proceso de afecto de manera integral, y de causa efecto; es decir que la persona que emite sus sentimientos de afecto espera recibir una dosis similar; y esta reacción se da en igual medida en hombres y mujeres. Abarca los ámbitos familiares, comunales y sociales en general.

La afectividad es de doble vía: alguien la emite y alguien la recibe, donde el mensaje es una carga emocional que se envía por múltiples canales ya sean físicos (apretón de manos, abrazos, besos en la mejilla), espirituales ( oraciones, acompañamientos en rosarios, velas, novenarios, etc.), gráficos ( cartas, símbolos ) y de comunicación verbal.

De esta manera debe presuponerse que existen más elementos implicados en el proceso de afecto: quien lo da debería tener - o al menos se espera que tenga - una autoestima en buen estado ( es decir, ni más ni menos autoestima, sino en niveles socialmente aceptados), y para ello deberá contemplarse niveles óptimos de autoimagen, autovaloración y autoconfianza. No se espera menos de quien lo recibe, pues debe preverse que no se puede devolver en igual intensidad un sentimiento si no se comparten al menos ciertas características.

Difiere en capacidad de dar y recibir afecto aquella persona, independientemente de que sea hombre o mujer,

que tenga de sí misma una autoestima socialmente aceptable y que sabe dar, pero también recibir afecto de una persona a la cual no se le estimuló su capacidad afectiva y se le "castró" la posibilidad de su expresión en ésta área; o bien, se le programó para amar sin medida y sin esperar nada a cambio. Muy probablemente esta última persona pronto se "secará", al igual que "un río que no renueva constantemente sus aguas".



Por otra parte, los patrones o factores culturales toman un papel preponderante: no posee el mismo significado un beso en la mejilla en Costa Rica que en los países islámicos, y una mirada directa de frente entre dos novios costarricenses posee diferente significado en otros pueblos del mundo. Pero estas diferencias culturales no se observan sólo entre pueblos o países, pues a nivel interno también se pueden encontrar regiones de un mismo país con diferentes tradiciones y costumbres. Por ejemplo, en El Sauce de

Turrialba, una comunidad rural de difícil acceso, es común ver expresiones de machismo, es decir, una invisibilización de la mujer (Lagarde 1992) y una superposición del hombre respecto a la mujer a nivel social, donde las mujeres se caracterizan por ser amas de casa en sentido estricto, no letradas, multíparas, en ocasiones con estado civil de unión libre, mientras que en otras zonas como por ejemplo San José, las mujeres tienen la opción de letrarse desde niñas, buscar empleo, ser independientes y sostener por sí solas un hogar. Las mujeres urbanas deciden quién se convierte en su compañero y saben hacer uso de las leyes que las protegen.

De esta manera puede afirmarse que la cultura es el factor precipitante de una adecuada o inadecuada afectividad en la sociedad; pero especialmente en los hombres. Así es frecuente oír que una madre diga al niño que acaba de caer y llora: no llores, nada te pasó, eres hombrecito...; al joven que tiene novia: mucho cuidado porque tendrías que responder si la embarazas...;

al recién casado que ante el primer embarazo de su esposa de manera expresa o implícita le responsabiliza a ella el cuidado de la criatura y ésta se ve forzada a escoger entre una guardería y seguir trabajando; o bien, dejar de trabajar y dedicarse al bebé. Así, encontramos múltiples ejemplos.

La cultura se ha encargado de brindarle a los hombres un rol definido: deben no sólo ser fuertes, sostener a su pareja y hogar, sino en ocasiones "castrarse", metafóricamente, de su sensibilidad, sentimentalismo y ternura, porque estas cualidades quedan circunscritas al sexo femenino.

Dice un sabio refrán que “nadie puede dar lo que no tiene, y nadie debe esperar más de lo que ha dado o sembrado”. De este modo puede argumentarse que “quien ha amado poco no podrá esperar a ser querido cuando viejo”, y que “quien ha agredido consciente o inconscientemente, no puede esperar a ser respetado, cuidado y amado en su vejez”.

Lo anterior es de suma importancia porque con el envejecimiento nos vamos adentrando en otro ámbito que plantea sus propias necesidades no sólo a nivel social y económico, sino también a nivel afectivo. Pero por efectos de circunscribirme al tema que nos ocupa, no me adentraré en ellos.

#### **IMPLICACIONES DEL CLIMATERIO Y LA AFECTIVIDAD**

Puede definirse el climaterio como el conjunto de cambios que sufre el individuo a nivel integral en una época precisa; la cual se particulariza porque “representa un cambio en los niveles hormonales normales del hombre, caracterizados por una disminución de la testosterona libre, la que en hombres sanos disminuye un 50% entre los 20 y 80 años de edad” (Markевичius, 1996). A esta situación fisiológica debe agregársele la sociológica, en la que “se presenta solidez en las relaciones interpersonales, cambios de estructuras cognitivas y psicológicas, se hace más lento el aprendizaje y se aferra fuertemente a sus pensamientos, volviéndose resistente a los cambios. También coincide este período con la ausencia de un proyecto de vida postjubilatorio, la presencia de hijos en etapa infantil si existen segundas nupcias, o síndrome de nido vacío y una relación de pareja de baja calidad” (Sevilla y Vargas, 1998).

Ambos sexos atraviesan el climaterio, como una etapa más en sus vidas, pe-

ro recibe sociológicamente distintas connotaciones socioculturales.

A la mujer se la instruye desde niña en los diferentes cambios hormonales que sufrirá durante toda su vida: primera menstruación, embarazo, menopausia.; pero a su homólogo masculino sólo le informan sobre cambios hormonales referidos a la adolescencia: cambios de voz, sueños mojados, aparición de vellosidades púbicas. No se le explica que tendrá que enfrentar cambios en los niveles de testosterona libre en sangre, lo cual afectará directamente su sistema tensional y, que en ocasiones sentirá tristeza sin causa aparente, una pérdida de leit motiv, y aunado a ello el enfrentarse a la jubilación, sin dejar de lado la pérdida de roles sociales y la muerte de amigos de edades similares.

De este modo puede decirse que los hombres se encuentran en desventaja, ya que no sólo no se encuentran adecuadamente informados sobre sus cambios hormonales sino que la culminación del climaterio coincide, al menos aquí en Costa Rica, con el período temporal prejubilariorio y jubilariorio (en el caso de los docentes), período que en la mayoría de las instituciones adolecen de un plan preparatorio para que el individuo lo desarrolle una vez jubilado. La importancia de esta coincidencia radica en que si se tiene en cuenta que durante el climaterio se presentan cambios sociológicos importantes, la pregunta clave es ¿qué opciones de actividades alternativas tiene un hombre que culmina su climaterio con dificultades para adaptarse a los cambios, donde se aferra a sus viejos modelos estructurales de pensamiento y sus redes de apoyo social son escasas? ¿De qué modo se puede dar ayuda profesional?

Debe anotarse que según estudios recientes podría esperarse que este período climatérico se inicie alrededor

de los 45 años en los hombres costarricenses (Sevilla y Vargas, 1998), lo cual nos lleva a plantearnos la importancia de promover mejoras en las relaciones interpersonales del hombre, donde se de a sí mismo la oportunidad de dar y recibir afecto, aún en edades anteriores a los 45 años, para que cuando el climaterio se presente y deba transitarlo cuente con bases que le garantizarán una red social de apoyo fuerte para los momentos de angustia que pueda llegar a experimentar, y una vez culminada esta etapa, pueda encontrar nuevos horizontes y actividades que le sirvan de leit motiv.

En esta etapa, el hombre no sólo empieza a sospechar que su salud no anda bien, sino que también pierde el deseo de la libido y de nuevas acciones (nuevos proyectos, nuevas lecturas, etc.), es como si para el hombre seguir viviendo no tuviera sentido. Afortunadamente, este período transicional no dura más de 15 años en promedio (Sevilla y Vargas, 1998); aunque cabe destacar que depende del individuo mismo la forma de sobrellevar el climaterio y la duración del mismo, ya que no en todos los hombres se inicia a los 45 años, y no en todos culmina a los 60 años.

Si tomamos en consideración la actual Ley de Jubilación del Magisterio Nacional que fija los 60 años de edad en los docentes como la edad para jubilarse se puede presuponer que el hombre jubilado puede permanecer más tiempo en casa y tratar de ser parte del sistema del cual el mismo se exilió hace treinta y ocho años atrás, período en el cual se dedicó a trabajar muy duro para el sostén de su familia, pero debido a ello, su esposa e hijos aprendieron a crear un sistema donde se interactuaba con un padre físicamente ausente. Cabe destacar aquí que la ausencia fue física, no así afectiva, ya que la preocupación por cuidar su familia aunque sea un en-

cargo psicosocial cultural es acogido, introyectado y luego proyectado a lo externo. De este modo se da sostén simbólico por parte de la esposa o compañera, que el hombre que trabaja duro "para que no falte nada", aunque deba sacrificar presencia física, lo hace por "amor a su familia".

El problema radical se presenta cuando el hombre desea que se le brinde el trato que según él por sus esfuerzos merece, desea tener autoridad y estatus; pero se le olvida que éstos se adquieren en el transcurso de muchos años. Con frecuencia, cuando atraviesa el climaterio y vislumbra problemas para mantener la erección recurre a la infidelidad conyugal como mecanismo de control que le permita demostrarse a sí mismo que aún es potente. Se niega a aceptar el paso de los años, el proceso de envejecimiento y el cultivo de una relación más significativa con su pareja, de igual a igual y no de subordinación y jerarquía donde él manda y ella obedece. Su poder físico, que por años le acompañó, paulatinamente le demuestra su abandono; mientras que su compañera adquiere poder por medio del sexo conforme avanza en edad, ya que cuando ella culmina su climaterio y cesa su capacidad reproductora puede disfrutar de la sexualidad con mayor libertad, contrastando con su compañero quien en esta período preciso no desea relaciones íntimas. Ella, por lo general y a nivel social, cuenta con el apoyo abierto y evidente de los hijos, con quienes debe fungir como la mediadora entre las relaciones que se establecen entre estos y el padre, y también entre éste, sus yernos y nueras.

El hombre que por su labor no se acoge al beneficio de la ley de jubilación mencionada anteriormente posee una ventaja: unos años más para prepararse con un plan post jubilatorio, donde los elementos de crear redes de apoyo familiar y social, con canales de comunicación adecuados, con oportunidad de dar y recibir afecto deben ser los ejes centrales.

Por otra parte, se puede decir que existe una relación directa entre el climaterio y las relaciones de afecto en el adulto maduro, ya que es predecible que el hombre que no haya cultivado relaciones firmes y profundas de afecto y no haya sembrado en su familia el amor y la consideración, cuando necesite el apoyo de ésta no lo encontrará. Así, se verá obligado a enfrentar los cambios hormonales sólo, sin una mano amiga que le impulse a luchar para salir adelante. Lo anterior por cuanto el climaterio afecta los niveles homeostáticos del cuerpo a nivel integral, lo cual también influirá en la libido, afectando la capacidad de sentir placer y establecer la cooperación entre los individuos. No obstante, si esta cooperación se ha interiorizado el individuo la asumirá como un modo de vida, y cuando transite el climaterio experimentará algunas alteraciones, pero podrá contar con una red de apoyo que le de soporte.

Debe recordarse, asimismo, que el hombre, a diferencia de la mujer, no pierde su capacidad procreadora. Esta capacidad sí declina, y cuando él se percata de ello se frustra, sensación que le maltrata su autoestima y, por lo tanto, su autoimagen, su autopercepción y su autoconfianza.

Puede decirse, entonces, que se genera una percepción o sensación de minusvalía ocasionada por la frustración que genera la disminución de potencia eréctil, la minimización de la densidad y calidad de las relaciones interpersonales familiares y el vacío existencial de saberse desintegrado de aquel medio por el cual tanto ha luchado.

#### **LA AFECTIVIDAD EN EL HOMBRE MADURO: ¿ES INEXISTENTE?**

De lo anterior podrían especularse que el hombre maduro adolece de afectividad. ¡Nada más alejado de la realidad!

Recuérdese que la socialización es el medio por el cual aprendemos a vivir en sociedad (Mezerville, 1998), pero así como aprendemos las reglas aceptadas y las limitadas socialmente, también desaprendemos algunas cualidades innatas, tales como las demostraciones de afecto y sensibilidad humana.

Está científicamente comprobado que los niños que nunca son acariciados se desarrollan de manera diferente a los niños que sí reciben estos estímulos (Bowlby, 1952, citado por Maslow, SF). De igual manera, los niños que buscan a su madre cuando inician sus primeros pasos y les place abrazarla y besarla logran superar de manera más fácil la etapa oral. Y ni qué decir cuando el niño atraviesa la etapa de Edipo, donde se enamora profundamente de su progenitora; quien si sabe manejar adecuadamente la situación, provee a su hijo de la herramienta necesaria para que se ubique sexualmente en el rol socialmente esperado.

Por costumbre social, en la sociedad se dice que el hombre debe guardarse para momentos muy íntimos -donde nadie lo vea- la expresión de tales sentimientos: ya que las muestras efusivas de afecto no son bien vistas salvo cuando son ocasiones especiales ( un encuentro con un amigo a quien no se veía desde hace muchos años y, por ende, se abrazan en público cuando se ven, el día del padre, donde abrazan a sus progenitores, una graduación donde el padre abraza a su hijo recién recibido, etc.). Es poco frecuente encontrar jóvenes y adultos que saluden a sus progenitores de beso en la mejilla, de niños lo hicieron; pero ahora son sus iguales y no está socialmente aceptado. Todos estos son esquemas alienantes de la afectividad masculina del hombre y la sociedad.

En contrario a las costumbres sociales, se puede decir que la afectividad del hombre, es un sentimiento que no desaparece por adquirir su madurez, porque



es inherente al individuo. La afectividad en el hombre es una necesidad básica análoga al aire y agua, y disminuye por desuso, o un uso reducido. La afectividad en el hombre existe, y son pocos los que logran traducir a palabras los sentimientos de frustración y dolor experimentados frente a eventos que le resuenen internamente. No todos los hombres de mediana edad pueden decir que les duele no sentirse tan viriles como hasta hace 10 años atrás, y que desearían sentirse más tomados en cuenta por su familia. A este aspecto se suma otra situación que influye en la expresión de la afectividad: las distorsiones del proceso de comunicación verbal.

Dentro de este proceso de comunicación siguiendo lo expuesto por Paul Watzlawick (Casas, 1990) en cuanto a la comunicación y enunciado de sus tres axiomas: 1-No es posible no comunicarse; 2- En toda comunicación existe una metacomunicación; 3-la naturaleza de la relación depende de la puntuación, he ido encontrando un hito común en la mayoría de las familias con las que he tenido contacto desde que ejerzo mi profesión: las situaciones y mensajes se dan por entendidos y por recibidos. No se verbalizan. Es como si se creara un ambiente comunicacional de tipo telekinético y telepático. Los resultados son predecibles: familias con problemas de puesta de límites,

problemas en subsistemas conyugales, parentales, fraternos, etc.

Lo anterior quiere decir, por tanto, que si se cultiva una adecuada comunicación donde los mensajes se envíen claros en contenido y precisos en destinatario se puede obtener como resultado un pilar de sostén de fortalecimiento de la familia y la interacción entre sus miembros, de manera que cuando el hombre maduro se jubile y se enfrente a la sensación de pérdida de su "leit motiv", tenga una red de apoyo que le permita asirse para no derrumbarse, siendo el contexto familiar una parte de suma trascendencia en esta red.

### EL APRENDIZAJE DE LA AFECTIVIDAD EN LOS HOMBRES MADUROS

Así como los hombres desaprendieron las muestras de afecto en público, el uso de mensajes claros y directos en contenido y destinatario, se ven enfrentados a la necesidad de reaprender estas acciones adentrados en la mediana edad.

Ningún ser humano es capaz de sobrevivir sin la interacción social, la cual implica una relación entre dos o más individuos. Esta relación diferirá entre unos y otros dependiendo de la calidad de las relaciones establecidas: no es de la misma calidad la relación de pareja que la relación entre subsistema parental.

Ambos progenitores, pero en especial las madres, quienes son las transmisoras de la cultura, (Lagarde, 1992), deben esforzarse por percatarse de las interacciones y mensajes enviados a sus hijos varones: dejarles llorar cuando se caen y expresar que les asustó aunque no les doliera el golpe, permitirles expresar enojo, sueños, ilusiones, fantasías, metas, frases y muestras de afecto a ambos progenitores.

Todas estas acciones le permitirán a estos niños, hombres futuros, el poder mantener una alternativa de acción,

pues podrán establecer relaciones de mayor profundidad afectiva en el transcurso de sus vidas, y se permitirán a sí mismos la expresión de tales sentimientos, de manera que podrán sentar las bases para la adecuada expresión de los mismos en las interacciones personales.

Por otra parte, los hombres ya maduros que sí tuvieron que privarse de esta expresión de sentimientos pueden cambiar la pauta aprendida aunque ello implique un mayor esfuerzo.

De ahí que aquella habilidad por años adormecida deba resurgir del subconsciente cual "ave fénix revive de entre las cenizas". Se hace necesario por tanto: establecer canales de comunicación claros, precisos, concretos a nivel de relaciones interpersonales, con reflejo de sentimientos y un trabajo en equipo. Donde los individuos aprendan a discutir sin pelear, a tomar decisiones por votación objetiva y de mutuo acuerdo.

El hombre maduro, debe esforzarse por darse la oportunidad de experimentar sensaciones de dolor, odio, frustración; pero también de gozo, dejarse querer por los demás, abrazar por sus hijos, aunque deba luchar con sus enseñanzas masculinas, y también llorar cuando una situación le resuena al fondo del alma. Se hace imperativo el aprendizaje del establecimiento de relaciones interpersonales de calidad, a nivel profundo, donde la expresión de sentimientos sea válida y no censurada.

En síntesis, la afectividad es inherente al ser humano pero también se aprende, y este aprendizaje depende de cada individuo si lo desea o no. Si bien es cierto el hombre adulto climatérico costarricense es muy influido por el componente de socialización, también él puede desarrollar nuevas pautas de desarrollo de la afectividad aún en las etapas maduras.

## CONCLUSIONES

La afectividad es un proceso de interacción social el cual además de ser un estado de ánimo es intrínseco e inherente al individuo; pero también puede ser reaprendido socialmente (o resocializado).

La cultura interviene en el proceso de desaprendizaje de la afectividad en los hombres costarricenses, medio contra el cual deben revelarse no sólo quienes se ven expuestos a su influencia, sino también los progenitores, especialmente las madres, quienes promocionarán la afectividad de los hombres del futuro.

No debe dejarse de lado la influencia que ejercen los cambios hormonales en las estructuras de pensamiento de los hombres adultos y maduros, las cuales incidirán en las estructuras de sentimiento. Así planteado, si la comunicación del individuo con su yo interno se encuentra obstaculizada y tampoco puede proyectarse a los demás por medio del establecimiento de relaciones interpersonales profundas y duraderas, no es de extrañarse de la aparición de algunas disfunciones a nivel de pareja, familiar y social. De allí que factores como el conocimiento de las diferentes etapas de transición del ser humano (incluyendo el climaterio en el hombre) y un adecuado establecimiento de canales adecuados de comunicación son factores importantes en los procesos de la afectividad.

En nuestra sociedad, pero concretamente en nuestras familias debe fomentarse el establecimiento de relaciones afectivas ricas en densidad y calidad, de manera que los hombres maduros puedan ir forjando su red de apoyo, primero en la familia y luego de manera proyectiva en el medio en el cual se desenvuelven. La premisa es que el hombre puede y debe manifestar su afectividad sin restricciones.

## BIBLIOGRAFIA

- Craig, Hardin y Bevington, David (1975): "An Introduction to Shakespeare", Editorial Scott, Foresman and Company.
- De Mezerville Zeller, Gastón (1998): "Proceso de dar y recibir Afecto", Maestría en Gerontología, Universidad de Costa Rica, San José.
- Flores Tascón, Francisco J y González Gil, Santiago (1994): Superar la andropausia: un tabú de la masculinidad, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, España.
- Laforest, Jacques (1991): "Introducción a la Gerontología: el arte de envejecer", Editorial Herder, Barcelona, España.
- Lagarde, Marcela (1992): "Identidad de Género", Curso Género y Envejecimiento, Maestría en Gerontología, UCR.
- Maslow, Abraham (SF): "Psicología de la Salud y el desarrollo de Maslow", Capítulo 10, curso Personalidad y Salud Mental, Universidad de Costa Rica, 1991.
- Nassar, H y Abarca, S. (1983): Psicología del Adulto, Editorial EUNED, San José.
- Nolen, William (1985): La crisis del hombre maduro, Editorial Javier Vergara S.A., Buenos Aires, Argentina.
- Ricciardi, Ramón y Hurault, Bernardo (1972): "La Biblia Latinoamericana", Ediciones Paulinas, Madrid.
- Schow, Douglas A et all (1997): Male Menopause: how to define it, how to treat it, Vol.101, No 03, March. Base de Datos Meadline, Postgraduate Medicine.
- Sevilla S, Katia y Vargas N, Xinia (1998): "Implicaciones de la andropausia a nivel intrafamiliar y laboral del educador e intervención del Trabajo Social", Tesis de licenciatura en Trabajo Social, Universidad Libre de Costa Rica.